

por el cual dejaba todos sus bienes á su jóven esposa.

»Pero la buena inteligencia que parecia unir á ambos cónyuges, no tardó en verse alterada. M. Enrique Lacoste que deseaba ardientemente tener un hijo á quien poder legar su nombre y su fortuna veía con profundo sentimiento la esterilidad de su mujer; así se lo contó un dia en confianza á uno de sus íntimos amigos.

»Soy un hombre muy desgraciado, le dijo; me he casado por tener sucesion y ya no puedo prometerme ese gozo. He llevado á mi mujer á las aguas y los médicos me han declarado terminantemente que no tendria hijos.»

—¿Estais empeñado en tener un heredero? le preguntó M. Lespere, que era el nombre del amigo.

—Sí, contestó Lacoste, ese era el fin que me habia propuesto; si no, no me hubiera casado.

—Pero ese heredero, replicó M. Lespere, ya lo teneis; porque vuestra esposa tambien es al mismo tiempo parienta vuestra.—¡Oh! replicó á su vez Lacoste, «esa no es una razon.» Y luego añadió: «Voy á decíroslo en confianza: Tengo hecha mi disposicion; si ella lo supiese, seria capaz de envenenarme, para tener otro mas jóven que yo.»

—Desechad esa idea, le dijo M. Lespere; vuestra mujer es sencilla, y no coqueta ni mujer de mundo.—Amigo mio, contestó Lacoste ¡está uno viendo tantas cosas en el dia, que yo no me fio de ella!

Esto sucedia cosa de un año despues del casamiento de Lacoste con Eufemia, y ya le hacia aquel á su amigo tan tristes revelaciones; de suerte que en aquella época ya tenia el anciano el funesto presentimiento de la suerte que le aguardaba.

«Eufemia Vergés, por su parte, padecia con la avaricia y los celos de su anciano marido. Este no la daba todo el dinero que ella hubiera deseado; la tenia, por decirlo así, incomunicada; no la daba permiso para ir sola ni á las vísperas de la parroquia, y ella no se atrevia á visitar á sus vecinas por no escitar sospechas en un marido tan desconfiado.

»En tanto que Eufemia soportaba así las consecuencias del matrimonio tan desigual que habia aceptado, otras preocupaciones mucho mas graves la atormentaban incesantemente. Habia sorprendido el secreto que su marido trataba de ocultarla; el testamento que la nombraba heredera universal, no la era desconocido; pero tampoco ignoraba cuán frágil es un documento cuya subsistencia depende de un mero capricho que puede reducirlo á la nada.

»Sabiendo, por otra parte, cuánto deseaba su marido tener un heredero de su sangre, temia que fuera á buscar en relaciones ilícitas, una satisfaccion que el matrimonio no podia proporcionarle, y que la desheredase en beneficio de algun niño de quien pudiera creer ser padre; así, vigilaba con curiosidad la conducta de su marido.

»En 1842 la pareció notar alguna inteligencia entre este y una de las criadas de la casa llamada María Dupuys, la cual fue para Eufemia un nuevo tormento. Una tarde, habiendo visto entrar á la muchacha en el cuarto de su marido, se puso á escu-

char detrás de la puerta y la pareció oír la voz de de aquella que exigía 100 doblones de oro y la de su marido que no queria darla mas que 600 francos. Ya no dudó que aquel fuese el precio de un adulterio y exigió que saliera de la casa la Dupuys. Esto fué causa de una disputa acalorada entre los esposos, que no cesó hasta que salió la criada cuya presencia infundia desconfianza á la señora de Lacoste.

»Andando el tiempo, otra criada llamada Jacoba Larrieux, la dijo á su ama en confianza, que Lacoste habia tratado de seducirla ofreciéndola 2,000 francos de renta ó 20,000 de una vez.

»Eufemia Vergés se creia espuesta diariamente, por la infidelidad de su marido á perder todas sus esperanzas; así, á los pocos dias de la muerte de Enrique Lacoste, la decia á Mad. Bordes, hablándola de la Dupuys y de la Larrieux: ¡esas dos mozuelas me han hecho salir cabellos canos! Si mi marido hubiese vivido mucho tiempo, estaba espuesta á quedarme sin nada, porque él queria tener un hijo para dejarle todos sus bienes.

»Tales eran, en 1842, las disposiciones reciprocas de ambos esposos. Por una parte, Enrique Lacoste se quejaba de su desgracia; empezaba á disgustarse de su mujer, porque no le daba hijos; desconfiaba de ella y la creia capaz de envenenarle para dividir sus bienes con otro marido mas jóven. Por otra, Eufemia Vergés, contrariada en sus gustos por la avaricia y los celos de su marido, vivia disgustada y en continuo aislamiento, sin disfrutar de ninguna de las ventajas que parecia deber proporcionarle su posicion. Creia que su marido la despreciaba por dedicarse á obsequiar á sus propias criadas, y á cada momento temia verse privada, por una infidelidad, de la herencia que ansiaba con toda su alma.

»En el momento de la instruccion del sumario, el auto de acusacion hace aparecer un cómplice, José Meilhan, maestro de escuela de Riguepeu, que estaba en frecuentes relaciones con Mad. Lacoste.

»Este hombre, que habia ido á establecerse al país, sin otros recursos que su profesion, no habia tardado en adquirir una mala reputacion; y se decia que habia seducido á una de las hijas de Lescure, que se habia hecho embarazada. Esta jóven habia muerto de resultas de un aborto de que se acusó á Meilhan ser autor. El trato con semejante hombre, casi septuagenario, parece debia inspirar disgusto á una mujer jóven; sin embargo, Eufemia Vergés tenia con él mucha intimidad. Segun decian, era el confidente de sus disgustos domésticos, y hasta se suponía que servia de tercero en una correspondencia secreta entre Eufemia y un jóven de Tarbes que habia aspirado á su mano en otro tiempo.

»Los consejos de un amigo como Meilhan eran poco á propósito para restablecer la union entre los esposos Lacoste: por otra parte, cuando empiezan las desavenencias en un matrimonio tan desigual como este, necesariamente van en aumento de dia en dia, que es lo que aquí sucedió. Esta era la consecuencia casi necesaria, de la vida comun entre una mujer jóven, cuyas inclinaciones se veian contraria-